
NORTE-SUR: SOBREVIVIR SOLIDARIAMENTE

Enrique Barón



El replanteamiento de las relaciones políticas y económicas entre el mundo desarrollado y subdesarrollado es la prioridad mayor de la escena mundial. La definición de este crucial problema como diálogo Norte-Sur resume, con resonancias un tanto italianas, el problema crucial de la Humanidad hasta final de siglo.

El objetivo de este artículo es examinar la visión que se tiene en España del problema, el grado de conocimiento y conciencia del mismo, y las posibles líneas de actuación que se pueden plantear en nuestro país de cara a su solución.

Un necesario cambio de mentalidad

«El Diálogo entre el Norte y el Sur no resolverá por sí solo todos los problemas actuales del mundo, muchos de los cuales son más políticos que económicos; pero estamos convencidos de

que la comunidad mundial no tendrá estabilidad real hasta que no haga frente a este desafío básico»¹.

La presentación del diálogo Norte-Sur no ha sido muy afortunada a nivel mundial. En efecto, el trabajo más

representativos sobre el mismo, el Informe de la Comisión Independiente presidida por Willy Brandt, publicado en inglés a principios del pasado año, no ha tenido un gran despliegue publicitario. Sin embargo, ha conseguido acuñar una expresión que era ya utilizada.

En líneas generales, el problema subyacente al Informe Norte-Sur no tiene buena prensa en los países desarrollados. No hay que olvidar que éstos están en su práctica totalidad en el norte, económica y geográficamente, y son mayoritariamente antiguas potencias coloniales. En la mayoría de los casos, son muy recientes las guerras y los procesos de descolonización. Así, con motivo o con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda, Portugal e Italia han vivido el derrumbe de sus imperios coloniales clásicos. En el caso de España, cuyas luchas de emancipación colonial se produjeron en el siglo XIX, también en este siglo ha vivido un desgraciado segundo intento colonial que ha marcado nuestra historia, primero la guerra de Marruecos y aún hoy en día, el irresuelto conflicto del Sahara occidental.

En general, estos procesos han marcado profundamente tanto a los países excolonizadores, como a los excolonizados, generando secuelas de incompreensión y de frustración que la crisis agrava. Los recientes tumultos raciales en Inglaterra, las políticas xenófobas con respecto a los inmigrantes en Francia y Alemania Federal o los secuestros de trenes por los moluqueños en Holanda son indicadores peligrosos que la crisis agrava.

En el caso de las dos grandes superpotencias, los EE.UU. y la URSS, también han conocido en la lucha por el control de sus respectivas zonas de influencia problemas no asimilables a

Existe un prejuicio generalizado de que los países desarrollados no tienen por qué soportar la carga de ignorancia y atraso del mundo subdesarrollado

los del colonialismo clásico, pero que presentan aspectos parecidos. Así ocurre con los casos de Corea, Vietnam, o los países del istmo centroamericano con respecto al primero, o el caso de Afganistán, o la aplicación de la doctrina de soberanía limitada al Este de Europa, y la inacabada crisis polaca.

En general, existe un prejuicio generalizado de que los países desarrollados no tienen por qué soportar la carga de ignorancia y atraso del mundo subdesarrollado, y que estos países son regímenes corruptos e incapaces para salir de su situación. Una visión tan egoísta e indiferente ante el mal ajeno no es nueva en la historia de la Humanidad. Lo que sí es nuevo es que los argumentos sobre la interrelación entre los sistemas y lo insostenible del desequilibrio sólo ha comenzado a abrirse paso con la actuación de la OPEP, y la utilización estratégica del petróleo como arma, con motivo de la guerra del Yon Kipur.

Sin embargo, las afirmaciones de muchos responsables políticos sobre la crisis del petróleo demuestran que el prejuicio no es sólo el de una opinión pública mal orientada, sino que afecta a mentes que debían ser más responsables. En el momento de escribir estas líneas, se están anunciando bajas en el precio del petróleo, como consecuencia del excedente de oferta del 5 por 100, y en el último año las bajas en las materias primas han sido del orden del 13 por 100 en el cobre, el 18 por 100 en el estaño, el 21 por 100 en el caucho, el 22 por 100 en el plomo, el 33 por 100 en el cacao y el 36 por 100 en el café². Ello coloca a países tan distantes como Ghana, Zambia, Costa Rica, Bolivia o Malasia, en situaciones próximas a la ruptura del sistema político, al tener que hacer frente a su creciente endeudamiento internacional con unos

ingresos procedentes de un monocultivo que se derrumba. Frente a ello, sólo se ha alcanzado en el marco de la ONU un acuerdo sobre el caucho natural; el intento de regular los precios del café ha fracasado, y las negociaciones sobre el estaño o el cacao no han avanzado.

Las proposiciones de la Comisión Brandt, aplicadas como respuestas operativas para reorganizar la economía mundial, adquieren en este contexto más sentido aún, si cabe.

Pero ¿qué pasa en España? Los rasgos generales de insolidaridad y de egoísmo se ven acentuados por el estrecho provincialismo de nuestra vida política. En efecto, lejos quedan ya los tiempos en que España fue una potencia mundial o en los que la moneda española era la que establecía las principales corrientes monetarias del mundo. Una característica estructural de nuestra vida política en los últimos siglos ha sido la de vivir hacia dentro de nuestras fronteras, característica que se ha agravado con el aislamiento forzado y el complejo de culpa original en que vivió el régimen anterior. Incluso en los años de la transición, la popularización del diálogo Norte-Sur se ha producido con tan irrisorio motivo como una intervención del entonces vicepresidente económico del Gobierno con ocasión del debate de la moción de censura de mayo de 1980. El resultado es que al plantear el tema ante el gran público, la primera reacción es de hilaridad. Al darse la desgraciada circunstancia, por otra parte, de que la edición en español del mencionado Informe *Norte-Sur* se ha hecho por una pequeña editorial colombiana, el texto es de casi imposible adquisición aún hoy en nuestro país³.

Estos hechos son graves, y más aún para los socialistas. La defensa del cambio por la paz, la justicia y el trabajo con que encabeza su introducción Willy

¿Qué pasa en España? Los rasgos generales de insolidaridad y de egoísmo se ven acentuados por el estrecho provincialismo de nuestra vida política

Brandt, tienen aún más sentido para un movimiento histórico como el socialismo, uno de cuyos signos de identidad ha sido desde su nacimiento la solidaridad internacional.

Por tanto, es muy oportuno formularse en el seno del movimiento socialista la pregunta de qué sentido tiene hablar del tema Norte-Sur en España, y en qué medida puede aportar nuestro país respuestas positivas a este proceso de transformación en curso en el mundo.

España en la división internacional del trabajo

A la hora de hacer los análisis, diagnósticos o propuestas de salida de la crisis para la economía española se suele hacer hincapié en su carácter interno. La variable externa que domina es, sin duda, el coste de la factura del petróleo; muy en segundo lugar, el estancamiento de las remesas de los emigrantes o su disminución, y en tercer lugar, las salidas de capital al extranjero. Cabe añadir la preocupación por el cambio en las relaciones internacionales del trabajo, que ha producido un salto imprevisible, desplazando sectores enteros de la economía que constituían en otros tiempos mercados cautivos de los países capitalistas desarrollados. Así está ocurriendo con el acero, los barcos, los automóviles, el textil, el calzado, la confección e incluso determinados productos electrónicos.

En algunos de estos sectores, el boom industrializador español había conseguido posiciones de relativo afianzamiento en años recientes, que se han visto seriamente amenazadas. Pero aparte de constatar esta evidencia, se

ha hecho muy escaso esfuerzo por tratar de considerar el papel de España en la futura división internacional del trabajo, y su adaptación a los cambios

que se están produciendo, tratando de saber con qué engranajes se puede sincronizar mejor nuestra actividad económica para potenciar nuestro futuro, el de un país del que se ha dicho con demasiado optimismo que era la décima potencia industrial del mundo, pero cuya situación de frontera entre el Sur y el Norte se refleja también en el seno de la sociedad⁴.

Sin embargo, parece necesario que se contemple la variable internacional en serio en nuestros análisis político-económicos. Hasta ahora prevalece la reacción instintiva proteccionista, que es en definitiva la más arraigada en nuestras costumbres, y que conduce a un análisis pesimista y de horizontes achatados. La otra alternativa es plantear una política exterior en la que la referencia a nuestra comunidad con la América Latina y los países árabes deje de ser una cláusula de estilo y pase a ser un elemento estratégico. Es evidente que este enfoque parte del *interés mutuo*, tal como lo define el Capítulo III del Informe Brandt, porque ambas partes tienen que tener un balance positivo de ventajas para todos. En efecto la retórica se pierde en el vacío, y no se trata en este caso de formular campañas contra el Hambre, como puede hacerlas una organización filantrópica o la organización de un sistema de caridad internacional, que ofende además de ser inútil.

La premisa básica en este planteamiento es que es urgente emprender un programa a corto plazo en nuestro país que trate de potenciar nuestros propios recursos, y de hacerlo de tal modo que sirva para el desarrollo conjunto a nivel mundial, sobre todo de los países más pobres. Igualmente, se trata de que esta variable influya en nuestra futura política exterior, rompiendo la hipoteca de un eurocentrismo a la espera eterna.

Se ha hecho muy escaso esfuerzo por tratar de considerar el papel de España en la futura división internacional del trabajo, y su adaptación a los cambios.

¿Cuáles son los recursos de que dispone España? Siguiendo un método clásico de análisis de los factores, el primero es el de la población. Pese a nuestra relativamente baja densidad de población, un elemento de nuestra tradición cultural ha sido el considerar que la emigración era una oportunidad cuasi-profesional. Los cambios demográficos internos, y los politicoeconómicos allende los mares han roto la secular corriente de emigración para enriquecerse a América. El flujo hacia Europa de los años 60, se ha contado por razones externas (la crisis en la CEE), e incluso por internas (menor propensión a emigrar). Sin embargo, es innegable que tenemos un capital humano importante, con una población relativamente joven, y más formada que en cualquier época de nuestra Historia (el paro de diplomados y licenciados supera ya al de los braceros). A este hecho se une la ventaja que proporciona la lengua y las tradiciones comunes. En este terreno, hay un espacio decisivo a cubrir de una manera racional y planificada en nuestra política exterior: la formulación de una política conjunta de cooperación, y la concepción de nuestra política diplomática en términos del siglo XX.

El simple examen de nuestro presupuesto de Asuntos Exteriores y de su composición es enormemente ilustrativa: en un presupuesto que representa el 0,46 por 100 de los gastos, aparte de las antiguallas de la Rota o de las Bulas y Hospitales en Italia, resulta que sólo se dedican 800 millones a Cooperación Iberoamericana (antes I. de Cultura Hispánica) y 50 millones a los países árabes⁵. El resultado de nuestra inadaptación, aparte del desaprovechamiento total y la pérdida de influencia y lazos con Filipinas, es nuestra casi total falta de presencia en el Africa negra, y el que cuando hay que formular alguna política de urgencia, como

en el caso de Guinea, hay que introducir partidas presupuestarias en los más diversos Ministerios. Basta comparar esta situación con la de otros países vecinos. Los de mayor tradición y peso cultural como Francia, Gran Bretaña o incluso Alemania, mantienen una activa política de presencia cultural, y en general tienen una mucho mayor estructura comercial (Holanda e Italia son dos buenos ejemplos).

En este primer Capítulo cabe, pues, formular iniciativas ausentes de la vida actual española: una política de cooperación con programas delimitados en tiempo y ocupación en América Latina o Africa (cooperación educativa, formación profesional), por ejemplo, un intento de presencia cultural en continentes en donde no estamos, que se podría incluso concebir sin nuevas pretensiones imperiales y con la colaboración fraterna con países que tienen justificado predicamento en el Tercer Mundo, como México y Venezuela; y una política de sostén al Comercio Exterior y a la Cooperación a la que se dediquen suficientes fondos y programas.

Un segundo aspecto es el de la potenciación de nuestro capital. Puede resultar un tanto paradójico el hacer esta afirmación en un país importador neto de capitales. Sin embargo, hoy entiendo por tal, tanto la exportación neta de capitales (muy activa en los últimos años hacia América Latina), como también la potenciación de nuestra tecnología, el *know-how*, incluso en el sentido de técnica como *acto tradicional eficaz*⁶. En este terreno, el tratamiento convencional del tema se desliza siempre hacia el futuro tecnológico avanzado, y se habla de *chips*, de ingeniería biogenética o de aeroespacial. Sin embargo, este tratamiento peca de superficial y de parcial. El mayor valor de un país es el de su capital hu-

mano, y el de su experiencia acumulada y transmisible. Para comprenderlo quizá sea oportuno exponer algunos casos. El primero y más sensible es el de la pesca. La extensión de las aguas territoriales, y el agotamiento de los caladeros por la explotación minera de las grandes potencias pesqueras, se está produciendo en el momento de máximo equipamiento de nuestra flota de altura. El problema afecta también a otros países, pero es evidente que la política de futuro se tiene que basar mucho más en la capacidad de España de formar a los países que empiezan a explotar su mar propio, de aportar técnicas y equipos y de concentrar acuerdos de explotación conjunta, que en el intento de mantener unas estructuras como las vigentes. El tema no es baladí, porque la explotación de los recursos marinos es una de las posibilidades de futuro para la Humanidad. Otro tema importante es el de nuestra experiencia en materia de regadíos y obras hidráulicas. Si los españoles, desde tiempo de los iberos (mucho antes de la obligada mención de los árabes) no hubiéramos procedido a una explotación sistemática de nuestros escasos recursos hidráulicos, en la actualidad no podrían vivir en la Península y en las islas más de 6 u 8 millones de habitantes. Es sistemático que todos nuestros discursos regeneracionistas hayan incidido siempre en el tema del aprovechamiento del agua. Aunque en los últimos años nos han sobrepasado otros países en el aprovechamiento económico del agua (riego por aspersión y por goteo), nuestro capital y la posibilidad de explotarlo y potenciarlo no son nada despreciables, tanto en lo que respecta a la economía del agua como a su saneamiento y aprovechamiento.

El mayor valor de un país es el de su capital humano, y el de su experiencia acumulada y transmisible.

En otros terrenos, como son los industriales, hay sectores enormemente aprovechables. Como otras experiencias lo demuestran, hay piño-

nes de transferencia de tecnología que se pueden aprovechar. Andrea Saba lo ha mostrado en el caso italiano en donde, por ejemplo, es una actividad florecien-

Los sectores más competitivos en España han sido y son los que trabajan más descubiertos en relación con la competencia internacional.

te la adaptación para la reexportación a países en vías de desarrollo de máquinas-herramienta alemanas con instrumentos de control número⁷. La inercia industrializadora ha llevado a considerar que los sectores a desarrollar en la industria —y de este pecado original no están exentos tampoco los países del Tercer Mundo— eran los de la industria pesada, y más recientemente, los de industrias de transformación de bienes de consumo duradero. Sin embargo, la experiencia demuestra que los sectores más competitivos y de mayor capacidad de adaptación en España han sido y son los que trabajan más descubiertos en relación con la competencia internacional. Este es el caso de la economía valenciana, tanto en la experiencia histórica de exportación de agrios y primores, como en la actual de exportación de productos industriales, muchos de ellos de raíces casi artesanales.

En sectores como son el calzado, la cerámica, el textil, la confección, los materiales de construcción e incluso la misma edificación, existen fases del proceso y técnicas de producción en las que la especialización y el grado de desarrollo industrial son más próximos entre un país de desarrollo intermedio como España con los que tratan de desarrollarse que los que están en cabeza del pelotón. En efecto, cuando se habla de transferencia de tecnología, existen ya suficientes experiencias de fábricas *llave en mano* vendidas, de maquinaria oxidada o inadaptada.

Y eso no ha ocurrido sólo en los países dependientes de la Metrópolis en términos tradicionales del imperialismo capitalista. Los bienes de equipos oxidados en los muelles cuba-

nos, o las máquinas quitanieves en la Guinea de Sehu Ture, son monumentos mudos expresivos de esta realidad. Mientras tanto, la posibilidad de instrumentos para aprender, autoafirmarse y progresar no están cerrados, y se pueden desarrollar múltiples iniciativas. El problema que éstas tienen es que son más difícil de inaugurar, porque no son vistosas, que la política de grandes obras (que generan grandes problemas, como la presa de Assuan) o que no tienen el carácter de gestos espectaculares (como la famosa Ley 480, de EE.UU., que permitió exportar muchos excedentes agrarios de países como la India).

Este es un argumento más para apoyar una política estructural a favor de los sectores con un tejido más complejo y diversificado, lo que se suele denominar en el lenguaje convencional como PYMES. Al ser características esenciales del desarrollo del capitalismo español su dominio por el sector financiero y su interrelación con la burguesía de Estado, se ha tendido a despreciar este aspecto. Sin duda, se obtendría un mucho mayor rendimiento dedicando las iniciativas de política económica (como hacen países como Alemania Federal o Japón) a favorecer este tipo de iniciativas que limitando el mantenimiento de industrias crepusculares o a la protección descarada de formas de organización económica que han dejado de tener sentido en manos privadas.

Por una presencia renovada de España

Estas observaciones no tienen, evidentemente, el carácter de un plan estructurado. No pueden ni pretenden tenerlo. Sin embargo, tienen un objetivo muy claro: el tratar de promover una reflexión sobre nuestra visión co-

mo Estado, en primer lugar, con responsabilidades internacionales, y en segundo, el romper con la visión fatalista provinciana, y pesimista de nuestro presente y de nuestro devenir económico. Fatalismo que es propio de un país cuya cultura sigue siendo esencialmente rural, cuando su estructura ha cambiado radicalmente, y en el que la motivación ha tendido siempre más al esfuerzo heroico e instantáneo que al trabajo tozudo, sistemático y concienzudo. Para los socialistas, se trata de una cuestión que debe de ser prioritaria en nuestros debates y en nuestra reflexión colectiva.

Desgraciadamente, muy a menudo tenemos que demostrar nuestra solidaridad y nuestra sensibilidad con los pueblos del Tercer Mundo con motivo de los actos de protesta ante los regímenes dictatoriales y sus abusos. Por haberlo vivido en nuestra propia carne, sabemos el valor forzosamente limitado de este tipo de manifestaciones. También que el ciclo infernal que conduce a las dictaduras como mal endémico se apoya sólidamente en una

realidad de dependencia, marginación e ignorancia.

Y el cambio que se ha producido en la escena de la Historia es, precisamente, que los pueblos secularmente sojuzgados y menores de edad han aprendido que pueden manejar también armas económicas y políticas para tratar de defender sus propios intereses.

En el caso de España, conviene que rompamos con nuestra mentalidad aislacionista e introspectiva, que sepamos hacer valer nuestra voz, estrechando los lazos que han establecido las fuerzas representativas de nuestra joven democracia, y que busquemos con cuidado nuestro futuro luchando por integrarnos en el Norte. Pero con una condición: sabiendo que nuestro futuro será más seguro si sabemos potenciar nuestras relaciones con el Sur, apoyando su levantamiento y su capacidad de llevar adelante un proceso de desarrollo autónomo. Con esta perspectiva, a España se le abre una vía importante de salida de la crisis, y una posibilidad de explotar muchos recursos que nuestro país está dejando baldíos en estos momentos.

El ciclo infernal que conduce a las dictaduras como mal endémico se apoya sólidamente en una realidad de dependencia, marginación e ignorancia.

¹ *North-South. A program for Survival.* The MIT Press, Cambridge, Mass, March 1980, pág. 30.

² Newswek. *The Commodity Crunch*, 27/4/81.

³ Se trata de la Editorial Pluma-Bogotá. Dos libros, de relativa gran difusión en España tratan el problema, aunque no con el mismo enfoque y con algunos análisis discutibles, pero de interés. Se trata de *El desafío mundial*, de J. J. Servan-Schreiber y *La tercera ola*, de Alvin Toffler. Ambos editados por Plaza & Janés, además de los informes del *Club de Roma*.

⁴ A este respecto, el nuevo mapamundi del doctor Arno Peters, ilustra mucho mejor nuestra

situación real en el mundo que la visión eurocéntrica clásica de Mercator.

⁵ El caso más manifiesto es el de la Dirección General de Relaciones Económicas Internacionales, cuyo presupuesto total es de 1.287.000 pesetas, de las cuales 1.247.000 ptas. se dedican a adquirir periódicos, revistas, libros, a encuadernarlos y a distribuir en el extranjero.

⁶ Definición de Marcel Manss. Tomado de V. F. Braudel. *Les Structures du Quotidien*. Tomo I, pág. 281. Calmann-Lévy.

⁷ Andrea Saba. *La economía subterránea*. Institución Alfonso el Magnánimo. Valencia, 1981.